

El organizador de la victoria¹

MAX GRILLO *

No entra en nuestras miras seguir con minucioso cuidado la carrera militar del General Santander, estudiada con prolija atención, por un ilustrado técnico en estas materias, miembro de la Academia Colombiana de Historia¹.

Alistóse Santander en 1810 en un batallón de Guardias Nacionales, organizado por el Coronel don Antonio Baraya. Fue el futuro estratega de las Termópilas de Paya, abanderado de aquellas primeras milicias de la patria naciente. En julio de 1811 se halla Santander en Mariquita, con el grado de Subteniente, a las órdenes del Comandante de Armas Manuel Castillo y Rada, célebre en la historia por haber pretendido rivalizar con Bolívar. En 1812 marcha en la expedición enviada por Nariño a los Valles de Cúcuta, amenazados por los realistas de Maracaibo. Toma parte en la campaña de Santa fe contra Tunja, en la censurable contienda surgida entre centralistas y federalistas. La guerra intestina al principiar la de Independencia — fenómeno de individualismo zahareño que se presentó en varios países americanos— fue una guerra civil como la de la emancipación

* Fué escritor; uno de los primeros en hacer crítica de arte, parlamentario y periodista. Fué miembro de número de la Academia Colombiana de Historia.

1. Pedro J. Dousdebés. *Trayectoria Militar de Santander*.

entre americanos y españoles contra españoles y americanos, y llevó a los campos de prematura discordia a quienes debían haberse mantenido en estrecha unión para combatir con éxito a los realistas. Por ser guerra civil la de la Independencia, duró tanto tiempo y adquirió caracteres de crueldad innecesaria.

Lo fatal de las guerras españolas es que nunca terminan. Los granadinos ignoraban en absoluto el arte de la guerra, y, como no habían peleado nunca, el valor era para ellos desconocido. En los pródromos de la Patria Boba, momento oscuro e indeciso en la marcha de la revolución, se vieron obligados los patriotas, para darse cuenta de que era un combate, en ausencia de fuerzas peninsulares, a ensayarse en una lucha intestina. Y pelearon los de Santafé con los de Tunja. Grandes fueron el desconcierto y la impericia de los contendores. Parece que los muertos no alcanzaron a una decena. Cualquiera hubiese creído que los capitanes y soldados del Nuevo Reino serían incapaces de batirse heroicamente. Pero unos y otros reaccionaron. Los de Tunja resolvieron atacar a Santa Fe, y los santafereños se dispusieron a defender su ciudad con tenaz empeño. El valor ignorado, como el amor que se despierta, surgió en aquellas almas en plenitud magnífica.

Las mujeres, inclusive la patricia, hija del Precursor, quien había de servirse de valor granadino para vencer más tarde a aguerridos realistas; las mujeres de esta indolente Bogotá, concurren a la brega y desafiaron la muerte.

Tienen grande importancia esas disensiones de la Patria Boba si se trata de estudiar el temperamento levantisco, la propensión a la discordia y el individualismo zahareño, que caracterizan a los pueblos de origen ibero. Incapaces de darse cuenta de los peligros que amenazaban a los insurgentes, los revolucionarios de las distintas Provincias del Reino resistieron a formar un frente común contra las huestes españolas, que habían deshecho a las patriotas en Venezuela. Mientras Santa Fé y Tunja peleaban por la forma de gobierno, poniendo en evidencia que los pueblos de origen español suelen sacrificar el interés nacional al interés de las regiones, los Generales del Rey preparaban las expediciones que pondrían de acuerdo a los patriotas, pero después de cortar las más altas cabezas de la revolución desprevenida y confiada.

En el ataque de los federales contra los centralistas, el 9 de enero de 1813, Santander fue herido y hecho prisionero. Terminada la

discordia entre los imprudentes bandos, incorporose en el Ejército del Congreso con el grado de Sargento Mayor del 5o. Batallón de la Unión, destinado a la campaña de Cúcuta, bajo las órdenes del Coronel Simón Bolívar, después Libertador de Colombia.

Cuando autorizado por el Gobierno de las Provincias Unidas, Bolívar, consagrado por la visión profética de Camilo Torres, resuelve invadir el territorio venezolano con un puñado de granadinos ansioso de apoderarse de Caracas, desalojando a Monteverde, dueño absoluto de la ciudad en donde nació el héroe predestinado, Santander, quien consideró imprudente la empresa de la reconquista de Venezuela con tan escasa gente (eran más o menos quinientos hombres), opúsose a que se abandonara el Valle de Cúcuta, posición estratégica que debía conservarse para defender el contacto entre Venezuela y Nueva Granada, y detener, si era posible, una fácil invasión de los realistas contra Cúcuta, por el lago de Maracaibo. La expedición libertadora, tras rápida y gloriosa campaña, ocupó a Caracas. Pero en aquella guerra de guerrillas, en la cual se llamaba ejército lo que en Europa se habría considerado compañía de un regimiento, las acciones heroicas, de audacia maravillosa, no resolvían el problema de la independencia.

El primer encuentro entre el futuro Libertador y el Organizador de la Victoria fue bastante desagradable, si hemos de creer a Daniel Florencio O'Leary, irlandés al servicio de la causa independiente, sospechoso de parcialidad, porque nunca sintió simpatía por Santander y no fue testigo de la desavenencia entre el Mayor granadino y el Coronel caraqueño. De la relación de O'Leary y aparece como un insubordinado que en aquella ocasión rehusó obedecer las órdenes de su superior jerárquico. Y así cuenta que dirigiéndose Bolívar a Santander le ordenó marchar, contestó éste que no estaba dispuesto a obedecer. Marche usted inmediatamente, replicó Bolívar en tono severo y perentorio: no hay alternativa, marche usted; o usted me fusila o positivamente yo lo fusilo a usted. La división partió — continúa el irlandés—, y Santander, que era tenido como uno de los principales instigadores de Castillo, y de los más actores en promover el descontento que reinaba entre los Oficiales, con fútiles excusas se quedó en La Grita y no volvió a unirse a la división. De este modo se vio Bolívar libre de la presencia de dos jefes influyentes, cuyas intrigas le habían enajenado la confianza de sus subalternos y entibiado el ardimiento de la tropa, que en breve renació con la victoria.

Este incidente, en el que aparecía Santander cometiendo el primer error de su carrera pública, ha sido explotado en centros históricos en

contra del prócer granadino. Si de algo sirve la historia, es para seguir, al través de los documentos, las posiciones de los hombres, y no sólo de los grandes, sino la de los segundones que, como el irlandés O'Leary, desempañaron toda clase de actividades por orden de quien en una época, en determinado pueblo, es el conductor supremo. El señor O'Leary, cuyos talentos para servir de clarín de todos los vencedores no pueden desconocerse, profesó al Libertador adhesión sin límites, que a veces tuvo toques de servilismo. Fue edecán, secretario, comisionado, diplomático. No de otro modo puede calificarse el papel que desempeñó en Ocaña, como observador enviado por Bolívar a la Convención, en donde se propuso seguir a los diputados Santanderistas en todas sus actividades, aún las más íntimas. Interceptaba cartas dirigidas a santanderistas y se las enviaba a Bolívar, escribía anónimos o sugería a otros que los escribieran. Respecto de un anónimo recibido por Santander, cuenta que "es una parada de Montilla, porque le he indicado otra de esta especie, por el último correo. Le había indicado que fingiera una carta de Lord Dudley al 'Hombre de las Leyes', asegurándole que el gobierno inglés observa con admiración su conducta; que puede contar con su aprobación y aun manifestarlo así al Congreso de Ocaña. Como Santander es tan ligero, lo creo Capaz de presentar la carta a la Gran Convención, y prevenidos de antemano De Francisco y yo, le haríamos quedar en ridículo. Montilla conduciría la cosa muy bien, y no tengo duda de que surtiría un buen efecto"².

Esto, como otras cosas, que presentaremos aquí del ilustre Edecán, hállanse publicadas en el tomo tercero, apéndice, de las Memorias del General O'Leary, Caracas, 1883, volumen mandado a recoger por el General Guzmán Blanco, sin duda porque algunas de las cartas del Libertador insertas por O'Leary y los informes de éste, los juzgó inconvenientes al ser publicado en el año del primer centenario del Epónimo.

La historia se funda en hechos y se apoya en documentos. El apéndice de las Memorias es precioso y nos da a conocer de cuerpo entero a O'Leary, para quien el fin justificaba los medios, por lo cual, yendo en misión diplomática, como enviado del gobierno colombiano ante el del Perú, y en días en que este país amenazaba con la

2. "Advierto a usted que los dos papeles indecentes que se han publicado contra mí en Bogotá y a que he contestado, ambos son del inglés O'Leary, Edecán del General Bolívar y su espía en Bogotá". Santander a Juan Madiedo. Ocaña, marzo 10 de 1828.

guerra, redacta en Guayaquil una proclama en nombre de Riva Agüero, para hacerla circular entre sus partidarios.

Era indudablemente un buen servidor el señor O'Leary. Los buenos e inteligentes servidores de un grande hombre deben atenuar su papel de cortesanos, dando, oportunamente, consejos a sus benefactores. Esto hacía de cuando en cuando el señor O'Leary con Bolívar.

Más, ¿de dónde provenía la mala voluntad del Coronel irlandés por la persona de Santander?

En junio de 1826 embarcose en el Callao, rumbo a Buenaventura, el brillante coronel encargado de una misión reservada ante el gobierno colombiano. En las instrucciones que le dio el Libertador a su Edecán de confianza, se halla ésta: Debe usted convenir con el Vicepresidente sobre lo que conviene diga al General Páez de mi parte.

Era prudente la recomendación de Bolívar, porque el hombre que ejercía el gobierno se encontraba en situación de juzar con acierto lo que debería decirse a Páez, rebelado contra las instituciones en el Departamento de Venezuela. En vista de las palabras de las instrucciones de Bolívar, el Vicepresidente redacta las suyas, obra de un experto diplomático, conocedor del corazón humano. Ante todo el señor O'Leary debe asegurar que el Libertador no aprueba los pasos escandalosos que se han dado y que se verá obligado a emplear todos sus esfuerzos en favor del orden constitucional y de la obediencia al gobierno. Estas son palabras de las instrucciones de Santander, que constituyen un modelo de perspicacia diplomática.

Cumple su cometido O'Leary de la manera más satisfactoria. A su regreso de Venezuela, recibe el comisionado la más explícita felicitación de Santander por la actividad, celo y firmeza con que ha sabido desempeñar su difícil comisión. Al parecer saturado de las ideas santanderistas, sale O'Leary al encuentro del Libertador, quien regresa del Perú, cargado de laureles y de hastío. El coronel irlandés apresúrase a escribirle desde Neiva una carta, la más valerosa y la más sincera que el coronel ilustre haya dirigido al insigne guerrero. Lleno de confusión y de incertidumbre habla a Bolívar con una gran franqueza, justo es reconocerlo. Todo se lo dice, aun la manera como es censurado el proyecto de Constitución boliviana. Hemos dicho que O'Leary se saturó durante su permanencia en Bogotá, de las ideas santanderistas. En la conferencia que tuvo con Páez, el coronel irlandés había interpretado, no el pensamiento bolivariano, sino el santanderista.

Al enterarse de esto el impetuoso Libertador, monta en cólera. En la Plata encuéntrase el Edecán con el caudillo, quien lo recibe desabridamente e imprueba el modo como cumplió su comisión en Venezuela. Refiere el irlandés que uno de los Edecanes trató de consolarlo, diciéndole que el Libertador había hecho voto, como Idomeneo, de sacrificar al primero que encontrase.

El Libertador enojado profundamente con O'Leary, lo separó de su servicio por bastante tiempo.

Y ahora llega la explicación de por qué nos hemos detenido, en lugar que puede parecer inoportuno, a conversar con el señor Coronel O'Leary.

El motivo de la digresión ha sido bien hallado, porque a causa de haber O'Leary cumplido de preferencia las instrucciones de Santander, en la conferencia con Páez, fue el irlandés tratado tan duramente por el Libertador. Todo hace presumir que O'Leary en el empeño de alejar del corazón de Bolívar todo resentimiento, dedícase a censurar y aun a odiar a Santander, censura y odio que llevó, naturalmente, hasta sus Memorias.

A O'Leary no debe dársele, después de lo que dejamos dicho, extraordinario crédito, cuando se refiere a Santander. La resistencia de éste a seguir al Coronel Bolívar en su empresa de libertar a Caracas, tiene explicación razonable en aquellos comienzos de la guerra de Independencia. En pro de la actitud de Santander en Cúcuta, puede alegarse:

1. Que el Coronel Bolívar carecía entonces de un gran prestigio militar, a causa de sus derrotas en Venezuela y de su conducta con Miranda;
2. Que Manuel Castillo, el comandante de las tropas fronterizas, de las cuales era segundo Jefe el Mayor granadino, se manifestaba también opuesto a abandonar la línea de defensa de los Valles de Cúcuta, temiendo una invasión por el Saco de Maracaibo sobre el Nuevo Reino.
3. Que en concepto del historiador Restrepo, nunca impugnado, Santander permaneció en sus posiciones con 290 hombres, sin oposición de Bolívar, cuya inexperiencia militar no podía incurrir en el extremo de desconocer la importancia de mantener a retaguardia de su expedición libertadora un destacamento que distrajera la atención de los españoles de Maracaibo, y

4. Que en sus Apuntamientos para las Memorias sobre Colombia y la Nueva Granada, por el General Santander, publicados en 1837, al referirse al encuentro con Bolívar, estampa las siguientes sobrias palabras: "Mientras que Bolívar llevaba a cabo con audacia inimitable su gloriosa empresa de arrojar a Monteverde de Caracas, yo quedé encargado de la seguridad del Valle de Cúcuta y de varios encuentros con los enemigos en San Faustino, Capacho y Zulia en que fueron derrotados, lo fui a mi turno en el llano de Carrillo. No me acusa mi conciencia de haber dejado de llenar mi deber en aquella emergencia. Yo pedí un juicio militar, que se me negó por el gobierno; pedí mi licencia absoluta, y también se me negó".

Dejamos asentado que no entra en nuestro propósito seguir paso a paso la trayectoria militar del General Santander en la comarca que hoy lleva su nombre.

El comentador concurrió a una guerra civil en campaña de asaltos y retiradas, y pudo comparar la del Coronel Santander cuando, casi encerrado en Ocaña, emprende su ruta hacia Girón y Bucaramanga, salvando entre riscos y sorpresa del enemigo, la exigua tropa que comandaba, con la retirada de Rafael Uribe Uribe, deshechas sus huestes revolucionarias, al través de García Rovira, hasta la frontera venezolana.

En Cachirí desempeñó Santander un papel semejante al que le correspondió a Uribe en Palonegro. Allí el organizador de la victoria obedecía las órdenes de un jefe impetuoso que pretendió hacer con tropas bisoñas lo que había leído que hicieron los grandes capitanes con tropas bien disciplinadas, y en Palonegro un general fatigado, Gabriel Vargas Santos, agotó columnas aguerridas y disciplinadas en una serie de sangrientas escaramuzas, en posiciones en donde era imposible alcanzar la victoria. Por supuesto que este concepto sólo es aplicable a las guerras en que la artillería y el arma suprema, la aviación, no intervienen. Para la artillería actual y para la aviación, no existen posiciones inexpugnables, como lo demostró el hecho de la loma de Caballos en el frente Ebro-Segre, en la guerra civil española, pues aquella colina fue rebajada de su nivel en cinco metros por la enorme cantidad de metralla artillera y de aviación que descargaron los nacionalistas, lo cual obligó por la fuerza a abandonar la posición, so pena de quedar sepultados los defensores de la República española. Con aviación y artillería moderna, las tropas del gobierno colombiano habrían podido deshacer las colinas de Palo-

negro, o los liberales destruir a Bucaramanga, reducto de sus enemigos, en pocos minutos.

Después de la derrota de Cachirí, las gentes que capitaneaba el intrépido García Rovira, reconocieron por jefe a Serviez, extranjero que nunca inspiró plena confianza a los milicios independientes, aunque su conducta aparece leal en esta campaña. Con las gentes en general colecticias y bisoñas que le seguían, no se aventuró el francés a presentar combate a las tropas del Rey. Serviez, con la natural perspicacia de los franceses, temió que el gobierno de Santafé se inclinase a capitular con los españoles, como en realidad se pensaba en la sede de los fugitivos virreyes. Conociendo Serviez por su conferencia con el diputado al Congreso doctor José María Dávila, que tal eran las intenciones de los cándidos y desprevenidos santafereños, resolvió apresurar la marcha hacia un sitio en que se salvara de la cuchilla española, que no podía ser otro que las llanuras de Casanare, de donde, según Santander, había recibido cartas de patriotas granadinos y venezolanos, quienes le pintaban una comarca abundante en recursos.

El francés, oído el consejo de sus oficiales, opuestos a la capitulación, envió como su comisionado a Santander, a fin de que convenciera al Presidente José F. Madrid, de que siguiera con su gobierno a las rotas milicias que, con el estandarte de la libertad, proponíanse salvar la independencia en los anchurosos Llanos de Casanare. El Presidente Madrid celebra conferencias con Serviez sobre la vía que debían tomar los independientes. Desconfiaba el Presidente de que el francés se declarase dictador, y el francés y los oficiales venezolanos temían que el poeta cartagenero, cantor en otros días de las glorias monárquicas, los entregase al Brigadier La Torre, que con sus huestes peninsulares les venía picando su espalda³.

La conducta del señor Madrid ha sido juzgada por publicistas colombianos de la época republicana. De nuestra parte, nos abste-

3. "El lunes 6 de mayo de 1816, a las diez de la mañana, entraron a Santafé las tropas del Rey, en su número de tres mil hombres al mando de los Coroneles don Miguel de La Torre y don Sebastián de La Calzada, y del Sargento Mayor don Carlos Tolrá. Eran Alcaldes Ordinarios don José Antonio Leiva y don Joaquín Romana. Se les recibió con el mayor júbilo y alegría, y se les obsequió con bailes en el Coliseo y otras casas particulares. El jueves 16 del mismo mes por la tarde, vino a la Catedral Nuestra Señora de Chiquinquirá con una procesión muy solemne y lúcida", Diario del Cura de la Catedral, Nicolás Mauricio de Omaña, tío de Santander. Cita de don Guillermo Hernández de Alba.

nemos de intervenir en ese pleito histórico. Muy severas son las palabras con que, veintiún años después de los acontecimientos, el Hombre de las Leyes, juzga al poeta cartagenero, ilustre en los fastos de la diplomacia republicana y amigo de confianza del Libertador.

En contradicción con el cargo que se hacía al Presidente, Fernández Madrid, su gobierno insistiría en que se optase por la retirada hacia el sur.

Santander se hallaba dispuesto a acatar esta determinación, siempre que hubiese entre los vencidos en Cachirí quienes le siguiesen; pero Serviez reunió una junta de Oficiales ante la cual hizo leer la orden y los oficios de Madrid a Morillo, y esto fue bastante para que ni uno solo opinase por retirarse al sur, abandonando la ruta de Casanare. Felicítase el futuro vencedor en Paya de que así hubiera sucedido, porque los acontecimientos demostraron que la retirada a Casanare salvó la causa de la independencia de la América del Sur. El triunfo de Boyacá, primera victoria decisiva en la guerra, preparó las de Pichincha, Carabobo, Saco de Maracaibo y Ayacucho.

El Brigadier La Torre con sus tercios españoles avanzaba con rapidez admirable en persecución de los restos de las milicias republicanas. A presúrase Serviez a salir de Santanf  el 5 de mayo.

Las avanzadas del Brigadier ocuparon la ciudad el 6.

El peligro de que alcanzaran a las deshechas huestes antes de que éstas lograsen descender a la llanura, era inminente, como así sucedió en los aledaños de Cáqueza.

El soldado francés que las mandaba, creyendo conocer a fondo la índole religiosa del pueblo granadino, resolvió cargar —impedimentata rara— con el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá, que ten ase en el país como imagen milagrosa. Califica Santander de imprudencia de Serviez el haber cargado en un gran cajón con el milagroso cuadro, por suponer el compatriota de Juana de Arco que tras la Virgen de Chiquinquirá seguirían las multitudes, si no con el señuelo de combatir por la Patria a lo menos por no abandonar la preciosa reliquia. Pero al paso de los cargueros del cuadro, las derrotadas milicias corri an el riesgo de ser alcanzadas por el enemigo, como en realidad sucedió. En el encuentro, los novecientos hombres de que se componían, sufrieron pérdidas irreparables. La virgen, como los

buenos habitantes de Santafé, resistióse a seguir a los independientes en su ruta hacia el llano solemne, ardiente y tempestuoso, en donde el hombre vive en perpetua comunión con la salvaje naturaleza del trópico. Los soldados del Rey recuperaron a la Milagrosa, que retornó a su santuario sana y salva.

En persecución de la tierra prometida de la libertad llegan Santander y sus compañeros de fatigas ante la llanura inmensa. Es un mar auriverde con bosques a manera de oasis de fresca sombra, en donde los jaguares acechan la presa y las más variadas serpientes dormitan entre la hojarasca. Los potros salvajes husmean el peligro de perder su libertad aprisionados por el lazo de los llaneros, y con las narices ensanchadas y el ojo avizor corren por el llano atropellando al viento. Domeñado por la destreza del hombre, que posee en aquellas magníficas soledades el valor de los instintos primitivos, nunca sometido a leyes, ni a barreras, el caballo será el más noble y útil colaborador en la guerra porfiada de la emancipación americana. El casco del caballo marcará al través del continente la ruta de la victoria, como en la conquista las huellas de sus herraduras quedaron estampadas en los desiertos y en las cimas de las sierras dominadas por los capitanes españoles. El caballo que, según los sabios, tuvo origen en este hemisferio, empobrecido por los cataclismos telúricos, regresó a su suelo primitivo con Belalcázar y Quesada, para habitarlo de nuevo y servir en la obra de su independencia.

El llano es del caballo y del hombre. Constituyen el centauro mitológico. Centauros fueron los guerreros de ébano que cruzaban el Apure, con la lanza en la boca, el corcel de las bridas, mientras los gimnotos eléctricos mordían sus carnes. Sublime espectáculo es el del llano. Atrae y anonada. Hierde el tremedal con todos los gérmenes microscópicos y letales. El hombre rara vez asesina a un semejante, porque la vida es tan peligrosa que a cada paso se desafía la muerte. No existe el enemigo humano, porque la inmensidad de la tierra, con sus fieras, con sus serpientes, con sus caños misteriosos, con sus tempestades, comunica al llanero connaturalizado con su paisaje, un sentimiento de pánico, que lo hace indiferente a todos los contra-tiempos y a todas las penas. La llanura se compenetra con las almas y les infunde el desprendimiento que acompaña a los grandes espacios.

En el verano los ríos traidores y serpentininos se secan. Los ganados ambulan en busca de los abrevaderos, y en las noches de miríadas de estrellas, duermen al pie de los grandes árboles, formando un círculo defensivo contra las acometidas del jaguar. En el centro los terne-

rillos y las novillas, y a la cabeza del ruedo, el toro, cuyas astas puntiagudas se ensayaron durante el día contra los troncos para el combate con las fieras.

En el invierno, las lluvias, inundan gran parte de la llanura; los caños son profundos, y en sus abismos sumergen a hombres y a ganados. Son sepulcros acuáticos, a veces coronados de nenúfares, que parecen arrojados por una Ofelia descendida de las regiones lunares. El sol da un bote al presentarse en el tendido horizonte, como si fuere un escudo de oro que va a romperse contra la tierra.

En blanco cortejo de alas abiertas las garzas levantan el vuelo, y la boa se oculta entre las lianas del bosque a digerir su pitanza. En el silencio de la noche la naturaleza agresiva entabla con el cielo el diálogo cósmico que aún no han descifrado los poetas.

En aquel ambiente, en aquel mundo de ilimitados horizontes y de peligros para el hombre civilizado, penetran los restos de los vencidos en Cachirí. Entre ellos el estudiante bartolino que por único hatillo de soldado llevaba unos pocos libros, retirados de la biblioteca de su tío, el de Omaña.

Reunidos los granadinos a las columnas que capitaneaba Rafael Urdaneta y el Coronel Valdez, procedieron a nombrar un Presidente civil, y la elección recayó en don Fernando Serrano, antiguo Gobernador de Pamplona.

* * *

Santander fue elegido Jefe de las fuerzas allí reunidas, a pesar de que con él estaban en la junta otros Oficiales de mayor graduación, a quienes correspondía el mando. Resentimiento de los venezolanos por anteriores actos del General Urdaneta, y la circunstancia de ser Serviez extranjero, influyeron en la elección. El destino señaló en aquel momento al Organizador de la Victoria. Pero el elegido presintió que su jefatura poco duraría, porque las rivalidades entre venezolanos y granadinos, atizadas por los primeros, traerían complicaciones desagradables.

Apenas hacía dos meses que Santander mandaba, cuando es advertido de que un grupo de Oficiales venezolanos pretendía deponerlo, provocando la insurrección de tres escuadrones. Saberlo el héroe y

presentarse ante los felones y la tropa, todo fue uno. Enemigo de hacer alarde de sus bizarrías por lo mismo que por dondequiera en tierras venezolanas, topó con el penacho de los valientes, Santander abstuvo de referirnos en sus Apuntamientos la energía con que retó a sus malquerientes en aquella ocasión, pues clavando su espada exclamó: ¡venga a desarmar a Santander quien se crea capaz de hacerlo!

El historiador venezolano Baralt escribió:

“Toda la verdad aquí del caso es que Santander tenía contra sí fuertes antipatías, que no era hombre para tanto, y por fin, que aunque dotado de una capacidad distinguida, no poseía instrucción en su estilo ni disposición natural para la guerra; él entraba en el número de aquellos Oficiales que los llaneros llaman de pluma, por real nombre”.

No poseía capacidad para la guerra Santander, sin duda porque ya había leído obras célebres en el mundo sobre táctica y estrategia, y porque conocía los principios de la legislación europea. Para el académico Baralt era indispensable, para ser un buen general, ignorar todos los conocimientos. Que así pensasen, con instintiva nesciencia, los negros primero y segundo en los llanos de Apure, era natural. Pero que un escritor distinguido como Baralt diga semejantes cosas, olvidándose de que Santander demostró en la campaña que terminó en Boyacá, las dotes militares más eximias entre los Generales de Colombia, ratificadas por los hechos, es sencillamente deplorable. Más exacto y justiciero. Páez rectifica hasta cierto punto la relación del Académico cuando asienta en su Autobiografía: “...Clavando Santander su espada en tierra dijo con mucha energía, que prefería le quitasen con ella la vida antes de consentir en el ultraje que se tenía en mientes”⁴.

Disueltas las milicias de Casanare porque el teatro de la guerra era otro, Santander y sus compañeros granadinos se trasladaron a la Provincia de Guayana, donde el desgraciado General Piar había logrado considerables ventajas contra los realistas. Asistió a la campaña desastrosa de 1818. De ésta puede decirse sin exageración, recordando la obra de un militar colombiano, que Morillo derrotó

4. “Procede con mucha prudencia: acuérdate de mi prudencia en Casanare que los chisperos llamaⁿan cobardía, y que es lo que nos ha dado la salud que tenemos. En el combate sí, mucho valor”. Santander.

tántas veces a Bolívar, que al fin le enseñó a vencerlo. Hizo entonces Morillo el mayor elogio que de un enemigo pueda concebirse, cuando expresó en carta al Rey, que Bolívar era más peligroso vencido que vencedor.

Después de acompañar a Bolívar en la desastrosa jornada de 1818, en una de las cuales, *Rincón de los Toros*, estuvo el Libertador en peligro de muerte o de ser prisionero, Santander regresó a Casanare, ascendido a General de Brigada y conduciendo armas y municiones para equipar una División de 1.200 hombres. Con estos elementos espera el Jefe granadino al *hombre de las dificultades*, quien por los informes que desde el campamento de Casanare le había llevado el Coronel Lara, resuelve en aquella noche homérica, en la aldea de Setenta, en que los héroes sentados sobre blancas cornamentas, deliberan sobre su suerte, emprender campaña sobre el Virreinato. La reunión de las fuerzas venezolanas con las granadinas, efectúase en Pore el 23 de junio de 1819, día inolvidable en la vida de Santander, para el cual, por la experiencia adquirida en el año de 1818, sólo se salvaría la guerra de independencia, ocupando al Nuevo Reino, cuyos recursos en hombres y en riqueza se hallaban intactos.

A la cabeza de la División de vanguardia le tocó a nuestro Capitán ocupar, después de vencer al enemigo que prevenido aguardaba, la fortaleza natural que se ha llamado *Termópilas de Paya*.

Aquí se presenta en la historia militar un incidente de trascendencia innegable, que parece haber sido desdeñado con evidente intención por los historiadores de allende y de aquende el Táchira.

Pero oíganos al mismo Santander, con la sobria veracidad que acostumbraba en cuanto escribía, relatar el caso:

“Ocupando Paya por mi División, la retaguardia vivaqueó en el Llano de Miguel, en el cuartel general, por no haber podido las tropas venezolanas marchar hasta dicho Paya. Con el Capitán Freytes, Edecán de Bolívar, recibí una carta de éste llamándome al expresado vivaque para conferenciar sobre la posibilidad de continuar la campaña hacia Santa Fe; me sorprendió, como debía, esta novedad, y la participé inmediatamente a los Jefes de los cuerpos de mando, exigiéndoles me dijeran con libertad su parecer para que me sirviera de regla en dicha conferencia; los Coroneles Fortoul, A. Obando, Antonio Arredondo, José María Cancino, y los Mayores Joaquín París y Ramón Guerra, con la más firme resolución, me

respondieron que preferían una muerte segura en la proyectada operación contra los enemigos dominadores de la Nueva Granada, a retroceder a los Llanos, y que la División sola debía seguir adelante.

“Yo pasé el día siguiente al LLano de Miguel, y allí nos reunimos a conferenciar el General Bolívar, los Generales Soublotte y Anzoátegui, los Coroneles Lara, Salom y yo.

“Bolívar nos manifestó la desnudez de las tropas, y el mal estado en que se hallaban con sólo un día de marcha por la cordillera; las penalidades que se les esperaban al pasar lo más elevado de ella, donde una nevada podía concluir con el Ejército: la falta de caballos y el disgusto de los llaneros de marchar por un país montañoso; nos hizo ver que si en tal conflicto el enemigo se colocaba al pie de la cordillera y retiraba los recursos que podrían servirnos, nuestra destrucción sería completa, y que en tal situación era mejor retroceder para intentar por Guadualito una incursión en el valle de Cúcuta. Yo me opuse a este plan por cuantas razones me sugirieron el conocimiento del territorio y mis deseos de libertar a mi patria, y por fortuna me apoyó muy bien el Coronel Lara. Al fin, propuse que para salvar las tropas venezolanas, que eran las que habían estado haciendo frente a las de Morillo en el Apure, yo atravesaría la cordillera con mi División, reconocería el terreno, observaría si el país tenía recursos, me informaría de la opinión de los pueblos, y resistiría al enemigo si estaba apoderado de los puntos por donde debíamos entrar en la Provincia de Tunja; que si éramos destruidos, las tropas de Venezuela quedaban intactas para seguir obrando, como antes lo habían hecho, sin contar con las que yo tenía en Casanare, pero que, si al contrario, la campaña presentaba una perspectiva lisonjera, todos reunidos la seguiríamos hasta lograr el objeto. El General Anzoátegui, que tenía la creencia de que era capaz de hacer lo que cualquiera otro hiciera, ofreció también ejecutar lo mismo que yo proponía, y de este modo logramos hacer cambiar de plan a Bolívar”.

Lo dicho aquí por el Jefe de la vanguardia libertadora aparece ratificado por el Coronel Antonio Obando, en todos sus pormenores. Autobiografía de Antonio Obando. Boletín de Historia y Antigüedades. Vól. VIII. No. 94. Bogotá.

Mientras el Mayor Joaquín París logra con su Compañía remontar la cordillera por Pisva, ocupando el primer puesto de la Provincia, desde el cual se extendió por las fértiles tierras frías la noticia de la

irrupción de los libertadores sobre los fecundos valles boyacenses, acudieron simpatizadores de la independencia con víveres en socorro de quienes habían padecido hambre en la gloriosa marcha. El plan de Santander comenzaba a realizarse. El Nuevo Reino intacto iba a salvar la guerra de Independencia. Santander no era hombre de sueños, sino de realidades. Es preciso suponer el regocijo de los indómitos llaneros al ver la caballada de las regiones andinas lista a reemplazar a los rendidos caballos que habían hecho la penosa jornada. En Gámeza, las fuerzas independientes atacan imprudentemente, por orden del Generalísimo, según Obando, al enemigo en posiciones inexpugnables, cuando ha podido esperarse a que los realistas los buscasen en donde los patriotas hubieran querido. En el combate de Gámeza perecieron tres distinguidos Oficiales de la vanguardia, entre ellos el español Arredondo, que peleaba por la Independencia. Santander fue herido, aunque levemente. Como en Bomboná, la batalla de Gámeza quedó indecisa.

Los pordioseros, contra quienes sentía vergüenza pelear el petulante General Barreiro, libraron con heroísmo admirable el combate del Pantano de Vargas. Justiciero, en sus Apuntamientos, Santander concede toda la gloria de aquella jornada a los Coroneles Rendón y Carvajal, ambos de los llanos de Venezuela.

Se acerca Boyacá. El aguilucho que había recibido las primeras lecciones de la ciencia del Derecho en el San Bartolomé, de Carlos III, era ya el águila que va a contemplar los vastos horizontes de la patria redimida. El adolescente que empuñó la bandera del primer regimiento de las milicias de Cundinamarca, era ya el salvador de los restos del Ejército que combatió en Cachirí y se internó en los Llanos, buscando en su soledad grandiosa asilo reparador para las armas liberadoras.

En la llanura reseca por el sol abrazador o inundada por sus ríos acrecidos en la estación lluviosa, Santander combate a las órdenes de Páez, soportando las inclemencias del trópico y las más mortificantes para su espíritu educado de las brutalidades de los llaneros, habituados tan solo al manejo de la lanza en los combates y del lazo en la doma de potros cerreros y de toros salvajes. El joven pensativo, de cabellos castaños, de lacios mechones, apostura de gran señor y cutis en que lo español dominaba lo indígena, padecía en silencio las llanezas de los centauros valientes, pero incultos, de la comarca en donde todo es grande, desde el disco solar hasta el silencio soberano de las cálidas noches. Un día sus subalternos pretendieron humillar

al reinoso, que leía en el libro de los destinos de un mundo, a falta de libros impresos.

En el cuartel de La Laguna, al imponerse de que el Congreso de Angostura había nombrado a Bolívar Presidente de la recién nacida república, le escribe el 8 de abril de 1819:

“Tengo el indecible placer de felicitar a Vuestra Excelencia, mas sin duda por haber Vuestra Excelencia restablecido el Gobierno constitucional, que por un suceso ordinario en el orden de la justicia, como es la expresada elección”.

En estas palabras aparece íntegro el carácter del varón consular que meditaba en la organización de Colombia bajo la égida de las leyes en vez del brillo de las espadas. Pero no pensaba en aquellas tendidas soledades, únicamente en futuras instituciones. Su genio militar, reposado en sus empresas, seguro de sus planes elaboraba el de la campaña libertadora de Nueva Granada. Mientras Bolívar derrotado en el nefasto año de 1818, discutía con sus tenientes la invasión del Nuevo Reino por las fronteras de Cúcuta, temeroso de que los restos de sus tropas perecieran a causa del frío de los páramos andinos, al ascender de los llanos ardientes a la cordillera, nuestro prócer, sin vacilaciones, comprende que la operación táctica, verdaderamente acertada, es la de invadir el Nuevo Reino remontando los Andes, para vencer a los realistas en victoria decisiva, que diera a los patriotas el dominio de la capital del Virreinato.

Perdidas entre la correspondencia de Santander a Bolívar, descubre el comentador, interesado en sorprender la verdad histórica, estas líneas escritas el 13 de febrero de 1819:

Que se mire esta expedición de Casanare con seriedad, pues si Morillo se repliega al Reino no lo sacaremos con 20.000 hombres. De Venezuela desolada ha sacado lo que tiene: ¿qué será de Nueva Granada intacta?

Desde La Laguna, el 24 de febrero, insiste en su propósito:

“Morillo en estos pueblos, cuyos recursos aún no se han agotado, hará esfuerzos superiores para levantar numerosas divisiones, a los que ha hecho en los de Venezuela y que están aniquilados”.

Conceptos son éstos de valor histórico incalculable, y que nos inclinan a sostener que fue Santander el autor principal del plan de campaña que terminó con la victoria de Boyacá, la primera definitiva que se libró en la Gran Colombia.

Para el hombre superior que en las orillas del Apure pensaba entonces en reconquistar a Caracas, debió de ser motivo de serias reflexiones el plan militar que esbozaba Santander.

Bolívar piensa todavía en marzo del año 19, en que la división de Urdaneta y la legión inglesa efectuase un desembarco en las costas de Venezuela, para apoderarse de Caracas mientras él distrae o bate al enemigo en los Llanos.

Las operaciones que yo he meditado y voy a ejecutar— contesta a Santander el 12 de marzo de 1819— son más aventuradas pero más decisivas. El señor General Urdaneta con la División inglesa de Margarita y con mil hombres más, sacados de aquella isla y del Ejército de Cumaná, debe hacer un desembarco sobre la costa de Caracas y apoderarse de aquella capital, mientras yo con este Ejército distraigo y divierto al enemigo, lo persigo y destruyo si se retira a atender a la Costa, o lo bato antes si se me presenta una ocasión segura, muy probable de alcanzar la victoria. Mañana marcho con la infantería que he encontrado aquí a reunirme con el General Páez, que se ha adelantado con la caballería en persecución del enemigo.

De su parte, Anzoátegui, el valiente que en el Llano de Miguel exclamó: Yo también hago lo que haga un general granadino, escribe el mismo 12 de marzo al Jefe de Casanare:

“Deseamos que breve llegue a nuestra noticia que el General Santander ha libertado a Nueva Granada”.

En ello se ocupaba el futuro organizador de la República, como lo vamos esclareciendo.

Para el General granadino lo que importaba ante todo, era conquistar a Nueva Granada, que tenía una población tres veces mayor que la de Venezuela, agotada en lucha extrema, diariamente heroica. El Reino podía suministrar todos los soldados necesarios y los recursos indispensables para independizar a Venezuela, como así sucedió, y

para llevar las armas libertadoras hasta el antiguo Imperio de los Incas.

Antes de que llegue una nueva estación lluviosa, devastadora de las tropas en los Llanos, el prudente granadino inclínase a emprender en la sola compañía de sus mil doscientos soldados la campaña libertadora de su Patria.

Ignorando que ya Bolívar, el 26 de mayo, había resuelto la expedición a Nueva Granada, escribe Santander a su íntimo amigo Briceño Méndez, quien con Bolívar tenía amistad estrecha, las siguientes palabras en que parece que la prudencia iba a ceder el puesto a la audacia:

Estoy resuelto a hacer la calaverada de internarme con lo que tengo porque si la fortuna favorece con poco, es inmensa la ganancia. Morillo sin la Nueva Granada, esto es, sin la parte útil para la guerra y poco asegurado en Venezuela, va a quedarse muy embarazado para conservar lo que tiene.

El 3 de junio llegan a sus manos las comunicaciones de Bolívar, en las cuales le participa su marcha hacia Casanare para emprender la atrevida campaña que, abierta a la luz de la victoria en las Termópilas de Paya, habría de coronar el titánico esfuerzo de los dos campeones unidos, en el campo de Boyacá, precursor de las jornadas que dieron libertad a un continente. Antes de Boyacá, la guerra de emancipación había sido un pugilato sangriento, sin acción decisiva ninguna. Correspondió, pues, a Santander, el General que con Sucre comparte en la guerra el don del acierto estratégico, convencer a Bolívar de la necesidad imperiosa de apoderarse de la Nueva Granada para lograr el objetivo de la independencia.

El estadista que trazaba sus planes militares de acuerdo con la realidad, y no en vista únicamente del valor de sus colaboradores en acometidas brillantes, pero con frecuencia pírricas, comprende la trascendencia de una victoria obtenida en el corazón mismo del Nuevo Reino intacto.

¿Qué significa el Nuevo Reino? El país que soñaba Santander para centro de las operaciones, en lugar de Venezuela exterminada, tenía una numerosa población. Hé aquí el primer elemento favorable a la empresa libertadora. En la parte más poblada del Virreinato encontraría la expedición conducida por Bolívar el elemento humano,

suficiente para renovar con soldados sanos los diezmados cuadros que vendrían de las llanuras ardientes.

Así sucedió al realizarse el feliz pensamiento de Santander.

La infantería, rápidamente preparada durante un mes, decidió el triunfo en Boyacá. Con razón dijo Bolívar más tarde que el primer soldado de infantería era el boyacense. Los hermosos y buenos caballos del valle de Sogamoso reemplazaron a los heroicos caballos de la llanura.

Más, el estratega granadino había tenido en cuenta otros factores tan importantes como la calidad del soldado al invitar con insistencia a Bolívar en la empresa de invadir al Nuevo Reino. Eran factores económicos, decisivos no sólo en la primera victoria que se anhelaba, sino en la continuación de la guerra. En las provincias granadinas existían fábricas de tejidos que suministrarían el vestido para las desnudas tropas. En el Socorro, las telas. En Antioquia el oro de las minas que darían recursos para adquirir armamentos. En Santafé la plata de la Casa de Moneda. Los frutos de la tierra eran abundantísimos.

La posesión de Caracas militarmente nada significaba, como el pasado lo había puesto en evidencia, a la decisión feliz de la guerra. Bogotá en su espléndida sabana poseía cuantiosos recursos. El trigo y los ganados del rico valle que habitaron los chibchas, ofrecían mantenimiento a las numerosas milicias, que era necesario organizar para llevar a cima la emancipación de España. Quien poseyera los mayores recursos sería el vencedor. La guerra adquiriría un carácter económico. Esto lo previó claramente Santander.

Es esta la interpretación que debe dar la historia al plan meditado por Santander. Salvada la cordillera, poseída por su División la altura de Paya, sería fácil reponer en la tierra *buena*, de que habló el cronista poeta, las pérdidas de hombres y de caballos. La victoria alcanzada por las milicias unidas de Nueva Granada y Venezuela sería una etapa definitiva en la guerra. En adelante la potencialidad económica de Nueva Granada sería la fuerza que completaría la emancipación de un mundo. Los granadinos al escalar el Bárbula, y los soldados del Plata al trasmontar los Andes, para liberar a Chile, habían americanizado la guerra de Independencia.

Si se leen las nóminas de los Batallones que concurrieron a Ayacucho, se comprobará que, si la mayoría de los Generales y Coroneles era venezolana, los Oficiales subalternos y los soldados eran granadinos.

Con perfecta comprensión había dicho Santander al Libertador: *El Nuevo Reino está intacto.*

Y al enterarse en Tame el 3 de junio de que Bolívar se decidía a emprender la jornada, le escribe:

“El proyecto de Vuestra Excelencia de que me ha impuesto el Coronel Lara, es el proyecto que arrancará a Fernando el cetro de la parte de América que posee”.

¿Queda alguna duda de que el *General de Pluma*, el estudiante bartolino, adivinó el futuro de una realidad meditada en el silencio de las noches del Llano?

La respuesta consta en las siguientes palabras del informe al Rey, del General español Morillo, insertas en la obra del historiador Antonio Rodríguez Villa:

“Esta batalla (la del Puente de Boyacá), ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas Provincias.

“Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en la mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, queda a la merced del que domina en Santa Fe, a quien al mismo tiempo se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey Nuestro Señor en todo el Virreinato”. Antonio Rodríguez Villa. El Teniente General don Pablo Morillo. Tomo 2, páginas 65-66. Madrid, 1920.

El plan de Boyacá realizose admirablemente. Todo fue propicio para obtener en un encuentro militar que, por el número de muertos de los independientes, es apenas una escaramuza, los resultados de una jornada definitiva en la libertad de un mundo. La ineptitud del jefe realista aparece notoria, pues nunca ha debido permitir que sus

enemigos se colocasen entre sus tropas y Santafé, base de sus operaciones. Se ha sostenido recientemente por algunos escritores, entre ellos el ilustrado Enrique Otero D'Costa, que Bolívar no se halló presente en el combate de Boyacá. Bien pudo ser que así acaeciera, porque el encuentro duró poco y fue el resultado de un rápido movimiento de las huestes conducidas por sus tenientes. Esto en nada amenguaría su gloria. También en Junín le tocó presenciar desde una colina el choque flamígero de las lanzas. En Ayacucho cedió el mando a Sucre, como temeroso de que su impetuosidad pusiera en peligro la última gran batalla en la guerra de Independencia.

Esmerose Santander en atribuir al Generalísimo y a los héroes venezolanos, la gloria de la campaña.

En sus miras entraba, sin duda, la de olvidarse, en cuanto fuera oportuno, de sus servicios en la guerra, pensando desde el primer momento en que debería ocupar el segundo lugar al lado de Bolívar en la empresa de organizar el país y preparar a los pueblos para el goce de sus libertades civiles.

El hombre de las dificultades poseía entre sus relevantes virtudes, la de acertar cuando se trataba de conocer las dotes de sus tenientes; y al designar a Santander, dentro de sus facultades extraordinarias, para Vicepresidente y depositario del Poder, en caso de ausencia suya, procedió Bolívar con absoluto acierto. Además, la elección de Santander se imponía, no sólo por sus servicios, sino, principalmente porque la política y la conveniencia, imponían el nombramiento de un granadino.

Santander, que conocía el genio inquieto de Bolívar, incapaz de amar el reposo, porque los peligros eran su gloria, comprendía que le iban a corresponder las labores del Gobierno, para las cuales, a su vez, había nacido, con cualidades eximias, que hoy aplaude la posteridad.

En ejercicio de las facultades absolutas que le había otorgado la victoria, y le delegaba Bolívar, el Vicepresidente revivió el decreto de guerra a muerte. Prisioneros se hallaban el General Barreiro, y los oficiales españoles derrotados en Boyacá. Inmediatamente después de la ocupación de Santafé, el Libertador habíase dirigido al Virrey Sámano residente en Cartagena, proponiéndole un canje de los prisioneros de Boyacá por los ingleses y patriotas presos en Panamá; pero el Virrey no prestó oídos a esta propuesta humanitaria. Razones

políticas y militares obligaron a Santander a ordenar la ejecución de Barreiro y sus compañeros. Esta severísima medida no pareció entonces a los granadinos tan cruel como nos parece ahora.

El fusilamiento de los próceres de la Independencia por Morillo y sus tenientes, en el nefasto año de 1816, había dejado en el corazón de sus descendientes y en el pueblo que presenció el sacrificio de las más altas y prestigiosas figuras de la naciente Patria, el resquemor de la venganza; el General Santander y sus soldados habían contemplado en la ruta de su victoria los cadáveres de los soldados patriotas, hechos prisioneros por la gente de Barreiro, tendidos en el camino, atados espalda con espalda, y con las heridas aún sangrantes de las lanzas peninsulares; a oídos y conocimiento del Vicepresidente llegan informaciones precisas de que los oficiales prisioneros maquinan una reacción que los liberte; la opinión de los habitantes de la ciudad no era toda partidaria de la Independencia; los amigos del Rey que, como ya había acontecido, esperaban que sería efímero el triunfo de los insurgentes; al alejarse Bolívar de la capital, ordenó la marcha hacia distintos lugares de la mayor parte de las milicias republicanas, de modo que era de temerse un levantamiento de los vencidos, y así lo temió Santander, y debemos creer su testimonio; cada una de estas consideraciones de por sí y todas juntas, eran suficientes para que, dada la crueldad de la guerra, Santander ordenase el fusilamiento de treinta y ocho españoles, uno de los cuales, según la tradición, fue conducido al lugar del sacrificio, porque al ver pasar a Barreiro y a sus compañeros exclamó: *atrás viene quien las endereza.*

Españoles y santafereños, creían incapaz a Santander, por ser General de Pluma, de un acto de energía semejante.

El General granadino tuvo una razón poderosa para ordenar aquel sangriento espectáculo: Santander recordó que cuatro años antes había entrado a Santafé con los restos de las milicias independientes derrotadas en Cachirí. Entonces llegaba a su recinto conduciendo en andas, o en un cajón, el cuadro milagroso de la Virgen de Chiquinquirá, sacado de su santuario por orden de un general francés, con el fin de que los mozos se alistaran en los batallones patriotas. Sólo unos pocos siguieron tras el estandarte de la República. Los demás, hombres maduros y garridos jóvenes, prefirieron esperar al Brigadier La Torre, y después de este benévolo soldado, a Morillo, al franco y terrible enemigo de los americanos. La segur española segó las altísimas amapolas de la Patria.

Si ahora sucediera que llegara de nuevo la adversa fortuna para las armas libertadoras —pensó Santander— y los restos de sus defensores se vieran obligados a emprender la retirada de los Llanos, los indecisos santafereños seguirán satisfechos en pos de las banderas de Boyacá, porque después del fusilamiento de Barreiro y sus compañeros, ningún simpatizante de los revolucionarios atreveríase a permanecer en la ciudad.

Tal es, en nuestra opinión, el significado profundamente político del fusilamiento de Barreiro.

Santander solicitó de Bolívar que aprobase su conducta, y obtuvo su aprobación, aunque con alguna reticencia de parte del Libertador. Además, el eupátrida había decretado la guerra a muerte y también había fusilado enemigos. Los grandes siempre se avienen en el instante en que la plenitud de sus destinos confluyen en persecución de un común objetivo.

Don José Manuel Restrepo, primer historiador de Colombia, acatado por su serena imparcialidad, dice a propósito del fusilamiento de Barreiro:

“Esta medida de seguridad, dio vida y nuevo aliento a los independientes, salvando acaso a la República de otra desgracia. Multitud de patriotas granadinos que estaban tímidos y vacilantes, se decidieron enérgicamente en Santanfé y en las Provincias. Vieron que no había arbitrio que vencer o morir a manos de los españoles, los que a nadie perdonarán si volviesen a ocupar el país. La fuerza que estos sentimientos y persuasión comunicaron a todas las clases del Estado, fue muy grande. Unida a la actitud, energía y firmeza del Vicepresidente de Cundinamarca y demás funcionarios públicos, salvaron a este hermoso, país de otra catástrofe y funesta retrogradación.

Creemos, por tanto, que la ejecución de Barreiro y de sus desgraciados compañeros fue útil a la salud de la Patria, y que hay razones, hartó poderosas, para sostener la justicia y la necesidad con que se hiciera”.

Ante la serena y meditada opinión del patriarca historiador de Colombia ¿qué valor tienen la diatriba en que nos presenta O’Leary, el que ocupa un sitio en el monumento de Boyacá, macabramente la escena del fusilamiento de los prisioneros españoles?

La historia debe guardar serenidad y compostura, pero también tiene derecho a indignarse, como nos lo enseñó Macaulay, cuando un enemigo de la memoria de un gran ciudadano, escribe páginas insidiosas que han de ver la luz después de la muerte del hombre a quien se trata de presentar a la posteridad con los más negros colores.

El señor O'Leary, soldado irlandés a sueldo de la República, el de los anónimos de Ocaña y el compañero de Ruperto Hand en El Santuario, carece, como lo hemos anotado, de autoridad histórica cuando se refiere particularmente al Hombre de las Leyes, porque fue siempre su enemigo solapado. O'Leary no se hallaba en Santafé en el día del fusilamiento de los prisioneros. De cuanto dice en su relación hay que descartar muchas falsedades. Y repetimos: entre el juicio de Restrepo y el de un extranjero, que odió a Santander ¿a cuál debemos atenernos?

Cada vez que llegamos a un punto culminante en la vida política del Organizador de la Victoria, nos encontramos con un documento magistral, salido de su pluma. No hacía frases brillantes, pero razonaba con lógica admirable. El Informe en donde explica los poderosos motivos que tuvo para ordenar la ejecución de Barreiro, es un convincente alegato.

En la elocuente defensa que en el citado Informe hace el General Santander de su conducta, expone todas las razones que tuvo para ordenar el fusilamiento de Barreiro y de sus tenientes.

Impresionan al comentador los argumentos del prócer que habíase opuesto a la declaración de la guerra a muerte en 1813 y durante las campañas en que intervino fue siempre moderado y aun clemente con sus prisioneros enemigos.

El canje de los hechos en Boyacá era imposible, pues se conocía la índole refractaria a efectuarlo del Virrey Sámano. Conservar a los vencidos oficiales españoles, custodiados por tropas de novatos que días antes del triunfo patriótico aparecieron como súbditos españoles, era ya peligroso, y, más aún, desde el momento en que la piedad de las señoras y de parte del clero santanfereño se interesaban con demasiado fervor por la suerte de los prisioneros. Los historiadores que suelen darse poca cuenta de que el ambiente político de entonces no permitía vacilaciones, condenan a Santander. Olvidan que la mayoría de los habitantes de Santafé eran realistas; que los ensayos de gobierno republicano no habían dejado la mejor impresión, y que

existían Provincias en donde la Independencia contaba con poquísimos adeptos.

Santander viose en este tremendo dilema: o dejar en libertad a los prisioneros para que, hecha la promesa de no tornar, tornasen a las filas del Rey, y continuasen exterminando americanos, o fusilarlos. Aunque el Libertador considerase el acto de Santander represalia, y así lo anota un distinguido biógrafo al Organizador de la Victoria, don Manuel José Forero, estamos convencidos *“de que no la venganza, sino la salud del Estado, el imperio de la necesidad, y no una inconsiderada precipitación, la virtud, y no las pasiones, fueron quienes pusieron en mis manos (las de Santander) la espada de la justicia para castigar estos criminales y prevenir el efecto de sus maquinaciones”*.